



La Santa Sede

JUAN PABLO II

REGINA COELI

*Solemnidad de Pentecostés
Domingo 22 de mayo de 1994*

Queridos hermanos y hermanas:

1. Es Pentecostés: fiesta importante para la Iglesia y también para el mundo. En Jerusalén, cincuenta días después de la resurrección de Cristo, sobre la primera comunidad de sus discípulos descendió el Espíritu Santo, manifestándose con la energía del viento y del fuego, y convirtiéndose en el alma de la Iglesia naciente, en su fuerza y en el secreto de su camino a lo largo de los siglos.

¿Podría existir la Iglesia sin el Espíritu Santo, dador de la vida, de toda vida? La Biblia nos lo presenta aleteando sobre las aguas de la primera creación (cf. *Gn 1, 2*), principio de existencia para todas las criaturas. De su efusión especial el día de Pentecostés cobra vida también la nueva creación, la comunidad de los salvados, redimidos por la sangre de Cristo.

Ven, Espíritu Santo. Te pedimos por toda la Iglesia: aumenta nuestra fidelidad, fortalece nuestra unidad, infunde impulso a nuestra evangelización.

Ven, ven Espíritu Santo. Te suplicamos por el mundo. Muéstrate padre de los pobres y consolador perfecto, especialmente para los *pueblos martirizados de Ruanda y Bosnia-Herzegovina*, para todas las naciones que están en guerra. Toca los corazones, ilumina las mentes, suscita deseos y propósitos de paz.

2. Un especial Pentecostés tuvo lugar esta mañana para la diócesis de Roma, en la basílica de San Pedro, con la ordenación de 39 presbíteros, formados en el Seminario romano mayor, en el

Almo Colegio Capranica, en el colegio diocesano «Redemptoris Mater» y en la «Escuela de formación apostólica de los Oblatos del Divino Amor». Yo mismo hubiera querido imponerles las manos, pero, mientras lo hacía el cardenal vicario, también yo lo hacía espiritualmente, ofreciendo mi sacrificio por ellos. Los saludo a todos con intenso afecto e íntima alegría.

¡Qué gran ministerio es el sacerdocio! El Espíritu colma a aquellos a quienes Cristo elige libremente, y los configura con Él, como cabeza, pastor y esposo de la Iglesia. Marcados irreversiblemente por ese don, ya no se pertenecen a sí mismos: su vida está completamente al servicio de Dios y de sus hermanos. Son ya hombres de Dios, iconos y transparencia del rostro de Cristo.

El Espíritu quiere servirse de su voz para llegar al corazón de los hombres. Así, se repite en ellos el milagro de las lenguas, que caracterizó el primer Pentecostés. Gritan las maravillas de la salvación, como heraldos incansables de un mensaje de comunión, de fraternidad y de paz.

3. Miremos a la santísima Virgen, que el día de Pentecostés estaba en el cenáculo, junto a los Apóstoles. En ella la fuerza del Espíritu Santo hizo verdaderamente *maravillas* (Lc 1, 49). Ella, Madre del Redentor, Madre de la Iglesia y Madre de los sacerdotes, obtenga con su intercesión una nueva efusión del Espíritu de Dios sobre la Iglesia y sobre el mundo.

Ahora nos preparamos para rezar el *Regina coeli*, por última vez este año porque hoy termina el período pascual, con esta gran solemnidad de Pentecostés. Tenía grandes deseos de rezarlo desde la ventana del Vaticano, como todos los domingos. Pero es necesario esperar todavía algunos días.

* * *

Después de la plegaria, el Papa se asomó a una ventana del hospital Gemelli y añadió:

Visto que han cerrado la ventana de San Pedro, era necesaria esta otra. Es bueno que esté esta ventana de reserva en el Gemelli..., otro Vaticano. Está bien que desde esta ventana pueda saludar a todos los presentes, romanos y peregrinos, entre los que se hallan también algunos polacos. Puedo saludarlos precisamente el día de Pentecostés, en que hemos cantado por última vez el *Regina coeli*.

Os agradezco y espero que ya no tengáis que venir aquí, sino a la plaza de San Pedro, a aquella otra ventana. Nuestros profesores y también las religiosas de María Niña nos han prometido que se trasladan al Vaticano. Gracias una vez más. Me encomiendo a vuestras oraciones.

No sé si pensáis que el Papa está contento o descontento: juzgad vosotros. También yo os deseo todo bien a vosotros, especialmente a vuestros hijos: que sean buenos y estén sanos. Aquí hay

también niños enfermos, hay muchos enfermos en este hospital policlínico: diversas enfermedades, diversas especializaciones de la medicina, diversos especialistas. Me curan, me examinan. Me han examinado como nunca antes en mi vida: han examinado mi organismo a fondo. No sabía ni siquiera que existen ciertos órganos y ciertas posibilidades, pero demos gracias a Dios.

Dios creó al hombre a su imagen, lo creó varón y mujer para que participaran de su vida divina por eso nos dio a su Hijo unigénito, y después de su Ascensión nos dio al Espíritu Santo.

Esto es lo que recordamos el día de Pentecostés, esta importante venida que continúa. Cristo vino, sufrió, murió, resucitó y ahora está en el cielo, a la derecha del Padre, pero el Espíritu Santo es enviado siempre, siempre desciende, y nosotros somos fuertes gracias a su fuerza. Esto es lo que os deseo a todos. Alabado sea Jesucristo.